Bernard Malamud

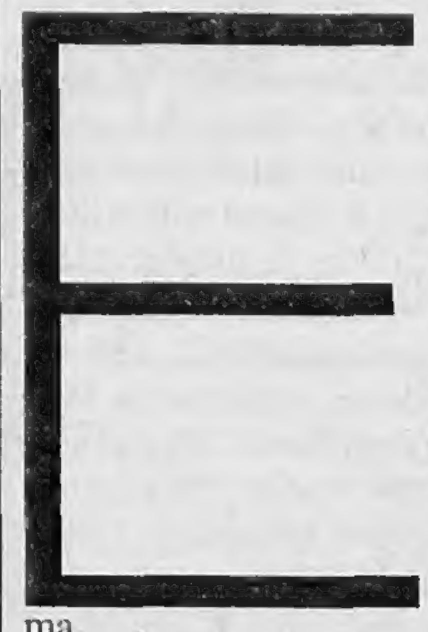
Aparte de información, los diccionarios y enciclopedias proporcionan al amante del detalle inane –otra manera de llamar al crítico literario no académico, y quizá también al historiador– un sinfín de coincidencias que éste puede investir de profundos y trascendentes significados. Por ejemplo: que Brett Easton Ellis, el autor de *American Psycho* (1991), y su amiga Donna Tartt, la autora de *El secreto* (1993), hayan concurrido al prestigioso y exclusivo Bennington College de Vermont, el sitio donde alguna vez enseñó Bernard Malamud, habla de un incalculable cambio en la literatura y la sociedad norteamericanas. Nada más diferente de la modesta esperanza de los libros de Malamud que el pesimismo de Ellis o Tartt: sólo el hecho de que los tres hagan de la ética su problemática central nos permite seguir asignándolos a una "misma" sociedad y a una "misma" literatura.

A fines de los años 50 y principios de los 60, siglos antes de la época en que vivimos ahora, se produjo en Estados Unidos algo que la historia literaria suele llamar el "movimiento judío". *La víctima* (1947), de Saul Bellow, y la segunda novela de Malamud, *El asistente* (1957), sirven como puntos de referencia para unir una serie de autores, entre ellos Philip Roth, Herbert Gold y J. D. Salinger, que examinaron el sueño americano desde la perspectiva del inmigrante judío o el hijo de inmigrantes judíos. Si bien la realidad de este movimiento es dudosa –Salinger no encaja del todo, ¿y qué hacer con Norman Mailer?–, el núcleo duro de Bellow y Malamud se mantiene, en ambos hay un sustrato de humanismo que sobrevive a toda prueba y procede en última instancia de la tradición religiosa hebrea.

Bernard Malamud nació en Brooklyn en 1914 y murió en 1986. Para encontrarse con un mundo diametralmente opuesto al de Patrick Bateman, el protagonista de *American Psycho*, el lector curioso puede acudir a libros como *El sombrero de Rembrandt* (1973), *Las vidas de Dubin* (1979) y *La gracia de Dios* (1982).

LOS IDIOTAS PRIMERO

Por Bernard Malamud



El recio tictac del despertador de hojalata se interrumpió de pronto. Mendel, que dormitaba en la oscuridad, se despertó asustado. El dolor volvió a atenazarle mientras escuchaba. Se puso la ropa fría y áspera y permaneció unos minutos sentado en el borde de la cama.

–Isaac –suspiró al fin.

En la cocina, Isaac, con gesto de pasmo en la boca abierta, sostenía seis cacahuetes en la palma de la mano. Los puso uno a uno sobre la mesa.

–Uno..., dos..., nueve.

Recogió lentamente los cacahuetes y apareció en el umbral de la puerta. Mendel, tocado con un sombrero que le estaba grande y enfundado en un abrigo demasiado largo, seguía sentado en la cama. Isaac, con sus ojillos atentos y los pequeños oídos, esperaba y observaba; espesos cabellos grises le cubrían las sienes.

–Sueño –dijo con voz nasal.

–No –murmuró Mendel. Se levantó, ahogando un bostezo–. Vamos, Isaac.

Dio cuerda a su viejo reloj de bolsillo, aunque la visión del mecanismo parado le daba náuseas.

Isaac quiso acercarlo a su oído.

–No, es tarde.

Mendel guardó cuidadosamente el reloj. En el cajón, encontró una bolsita de papel con unos pocos billetes arrugados de uno y cinco dólares y la metió en el bolsillo. Ayudó a Isaac a ponerse el abrigo.

Isaac miró una de las oscuras ventanas y, después, la otra. Mendel miró también las dos ventanas vacías.

Bajaron despacio la mal iluminada escalera; Mendel, primero, y después, Isaac; éste miraba las sombras móviles de la pared. Ofreció un cacahuete a una sombra larga.

–Hambre.

En el portal, el viejo escrutó la calle por el delgado cristal. Era una noche de noviembre fría y desapacible. Abrió la puerta y asomó cautelosamente la cabeza. Aunque no vio nada, la cerró rápidamente.

–Ginzburg, el que vino a verme ayer –murmuró al oído de Isaac.

Isaac sorbió aire.

–¿Sabes de quién hablo?

Isaac se rascó la barbilla con los dedos.

–Es ése, el de las patillas negras. No le hables ni vayas con él si te lo pide.

Isaac gruñó.

–Aunque no molesta mucho a los jóvenes –dijo Mendel, como pensándolo mejor. Era la hora de cenar y la calle estaba vacía, pero los escaparates les iluminaron débilmente el camino hasta la esquina. Cruzaron la calle desierta y siguieron andando. Con un grito de alegría, Isaac señaló las tres bolas doradas de la casa de empeños. Mendel sonrió, pero cuando llegaron a la tienda se sentía agotado.

El prestamista, un hombre de barba roja y gafas con montura negra, estaba comiendo pescado blanco en la trastienda. Volvió la cabeza, les vio y tomó unos sorbos de té.

Salió al cabo de cinco minutos, enjugándose los desdibujados labios con un gran pañuelo blanco.

Mendel, respirando fatigosamente, le tendió el gastado reloj de oro. El prestamista alzó las gafas y se enroscó la lente de aumento en un ojo. Miró el reloj por los dos lados.

–Ocho dólares.

Casi sin vida, Mendel se humedeció los agrietados labios.

–Necesito 35.

–Entonces acuda a Rothschild.

–Me costó sesenta.

–En 1905.

El prestamista le devolvió el reloj. Se había parado. Mendel le dio cuerda lentamente. Se oyó un hueco tictac.

–Isaac tiene que ir a reunirse con mi tío que vive en California.

–Este es un país libre –dijo el prestamista.

Isaac se había fijado en un banjo, y reía entre dientes.

–¿Qué le pasa? –preguntó el prestamista.

–Bueno, que sean los ocho dólares –murmuró Mendel–, ¿pero cómo conseguiré el resto antes de esta noche? ¿Cuánto me da por el sombrero y el abrigo? –preguntó.

–No me interesan.

El prestamista se dirigió a la caja y escribió una nota. Guardó el reloj en un pequeño cajón, pero Mendel seguía oyendo el tictac.

Ya en la calle, deslizó los ocho dólares en la bolsita y buscó después en los bolsillos un trozo de papel escrito. Lo encontró y aguzó esforzadamente la mirada para leer la dirección a la luz de una farola.

Cuando se encaminaba, a duras penas, hacia el Metro, Mendel señaló el cielo estrellado.

–Mira cuántas estrellas hay esta noche, Isaac.

–Huevos –dijo Isaac.

–Primero vamos a ver a Mr. Fishbein; después comeremos.

Salieron del Metro en la zona alta de Manhattan y tuvieron que andar varias manzanas antes de llegar a la calle de Fishbein.

–Todo un palacio –murmuró Mendel, presintiendo esperanzado un momento de calor.

> **"Mendel soñó durante un minuto en cielos luminosos, en largas sábanas de luz en todas las direcciones. Bajo el cielo de California se sentaba tío Leo y tomaba té con limón. Mendel sintió calor, pero se despertó frío."**

Isaac miraba con ojos fijos y a la vez inquietos la pesada puerta de la casa.

Mendel llamó al timbre. El criado, un hombre de largas patillas, abrió la puerta y dijo que Mr. y Mrs. Fishbein estaban cenando y no podían recibir a nadie.

–Que cenen en paz, pero esperaremos a que terminen.

–Vuelvan mañana por la mañana. Mañana por la mañana, Mr. Fishbein les recibirá. No habla de negocios ni de caridad a estas horas de la noche.

–Yo no pido caridad...

–Vuelvan mañana.

–Dígale que es cuestión de vida o muerte...

–Vida o muerte, ¿para quién?

–Si no es para él, será para mí.

–No se pase de listo.

–Míreme a la cara –dijo Mendel– y dígame si puedo esperar hasta mañana por la mañana.

El criado le miró; miró después a Isaac, y les dejó entrar de mala gana. El vestíbulo era enorme, con techo muy alto, muchos óleos en las paredes, pesadas cortinas de seda, una mullida alfombra floreada en el suelo y una escalera de mármol.

Mr. Fishbein, obeso y calvo, con pelos en las ventanas de la nariz, y pies pequeños y bien calzados, bajó ágilmente la escalera. Le colgaba una gran servilleta de uno de los botones del esmoquin. Se detuvo cinco peldaños antes de llegar abajo, y examinó a sus visitantes.

–¿Quién viene un viernes por la noche a interrumpir la cena de un hombre que tiene invitados?

–Disculpe que le moleste, Mr. Fishbein –dijo Mendel–. Si no hubiese venido ahora, no habría podido hacerlo mañana.

–Por favor, dígame de qué se trata, sin más preámbulos. Estoy hambriento.

–Hambre –gimió Isaac.

Fishbein se ajustó los quevedos.

–¿Qué le pasa a éste?

–Es mi hijo Isaac. Ha sido así toda la vida.

Isaac maulló.

–Le mando a California.

–Mr. Fishbein no subvenciona viajes de placer.

–Yo estoy enfermo y él debe tomar el tren esta noche para ir a reunirse con mi tío Leo.

–Todas mis limosnas están organizadas –dijo Fishbein–, pero, si tienen hambre, les invito a cenar en la cocina. Esta noche tenemos pollo relleno.

–Lo único que pido son 35 dólares para el billete del tren que le llevará a California. El resto ya lo tengo.

–¿Quién es su tío? ¿Cuántos años tiene?

–Tiene 81, y quiera Dios que viva muchos más.

Fishbein soltó una carcajada.

–Tiene 81 años y le envía a este imbécil.

Mendel agitó los brazos y gritó:

–Sin calificativos, por favor.

Fishbein asintió cortésmente.

–Donde se nos abre una puerta, allí entramos –dijo el enfermo–. Si tiene usted la bondad de darme 35 dólares, Dios se lo pagará. ¿Qué son 35 dólares para Mr. Fishbein? Nada. Para mí, para mi hijo, lo son todo.

Fishbein se estiró lo más que pudo.

–No hago donativos a particulares; sólo a instituciones. Es una política fija.

Mendel hincó sus endebles rodillas en la alfombra.

–Por favor, Mr. Fishbein; si no pueden ser 35, deme al menos 20.

–¡Levinson! –llamó Fishbein, irritado.

El criado de largas patillas apareció en lo alto de la escalera.

–Muestre a estos dos el camino de la puerta, a menos que quieran cenar antes de marcharse de esta casa.

–El pollo no puede curar mi mal –dijo Mendel.

–Por aquí, por favor –dijo Levinson, mientras bajaba la escalera.

Isaac ayudó a su padre a levantarse.

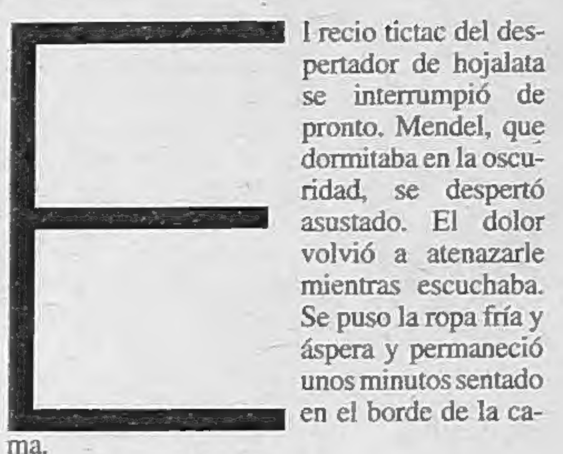
–Ingrésele en una institución –aconsejó Fishbein, por encima de la balaustrada de mármol.

Subió rápidamente la escalera y ellos se encontraron de nuevo en la calle, azotados por el viento.

El camino hasta el Metro fue muy fatigoso. El viento soplaba lúgubre. Mendel, sin aliento, miraba furtivamente las sombras. Isaac apretaba los cacahuetes en su mano helada, y no se apartaba de su padre. Entraron en un pequeño parque para descansar un minuto en un banco de piedra, al pie de un árbol de dos ramas que ya no tenía hojas. La gruesa rama de la derecha estaba erguida; la delgada de la izquierda pendía hacia abajo. Una luna muy pálida se alzaba

Por Bernard Malamud

LOS IDIOTAS PRIMERO



El recio tictac del despertador de hojalata se interrumpió de pronto. Mendel, que dormitaba en la oscuridad, se despertó asustado. El dolor volvió a atenazarle mientras escuchaba. Se puso la ropa fría y áspera y permaneció unos minutos sentado en el borde de la cama.

–Isaac –suspiró al fin.

En la cocina, Isaac, con gesto de pasmo en la boca abierta, sostenía seis cacahuetes en la palma de la mano. Los puso uno a uno sobre la mesa.

–Uno..., dos..., nueve.

Recogió lentamente los cacahuetes y apareció en el umbral de la puerta. Mendel, tocado con un sombrero que le estaba grande y enfundado en un abrigo demasiado largo, seguía sentado en la cama. Isaac, con sus ojillos atentos y los pequeños oídos, esperaba y observaba; espesos cabellos grises le cubrían las sienes.

–Sueño –dijo con voz nasal.

–No –murmuró Mendel. Se levantó, ahogando un bostezo–. Vamos, Isaac.

Dio cuerda a su viejo reloj de bolsillo, aunque la visión del mecanismo parado le daba náuseas.

Isaac quiso acercarlo a su oído.

–No, es tarde.

Mendel guardó cuidadosamente el reloj. En el cajón, encontró una bolsita de papel con unos pocos billetes arrugados de uno y cinco dólares y la metió en el bolsillo. Ayudó a Isaac a ponerse el abrigo.

Isaac miró una de las oscuras ventanas y, después, la otra. Mendel miró también las dos ventanas vacías.

Bajaron despacio la mal iluminada escalera; Mendel, primero, y después, Isaac; éste miraba las sombras móviles de la pared. Ofreció un cacahuete a una sombra larga.

–Hambre.

En el portal, el viejo escrutó la calle por el delgado cristal. Era una noche de noviembre fría y desapacible. Abrió la puerta y asomó cautelosamente la cabeza. Aunque no vio nada, la cerró rápidamente.

–Ginzburg, el que vino a verme ayer –murmuró al oído de Isaac.

Isaac sorbió aire.

–¿Sabes de quién hablo?

Isaac se rascó la barbilla con los dedos.

–Es ése, el de las patillas negras. No le hables ni vayas con él si te lo pide.

Isaac gruñó.

–Aunque no molesta mucho a los jóvenes –dijo Mendel, como pensándolo mejor. Era la hora de cenar y la calle estaba vacía, pero los escaparates les iluminaron débilmente el camino hasta la esquina. Cruzaron la calle desierta y siguieron andando. Con un grito de alegría, Isaac señaló las tres bolas doradas de la casa de empeños. Mendel sonrió, pero cuando llegaron a la tienda se sentía agotado.

El prestamista, un hombre de barba roja y gafas con montura negra, estaba comiendo pescado blanco en la trastienda. Volvió la cabeza, les vio y tomó unos sorbos de té.

Salió al cabo de cinco minutos, enjugándose los desdibujados labios con un gran pañuelo blanco.

Mendel, respirando fatigosamente, le tendió el gastado reloj de oro. El prestamista alzó las gafas y se enroscó la lente de aumento en un ojo. Miró el reloj por los dos lados.

–Ocho dólares.

Casi sin vida, Mendel se humedeció los agrietados labios.

–Necesito 35.

–Entonces acuda a Rothschild.

–Me costó sesenta.

–En 1905.

El prestamista le devolvió el reloj. Se había parado. Mendel le dio cuerda lentamente. Se oyó un hueco tictac.

–Isaac tiene que ir a reunirse con mi tío que vive en California.

–Este es un país libre –dijo el prestamista.

Isaac se había fijado en un banjo, y reía entre dientes.

–¿Qué le pasa? –preguntó el prestamista.

–Bueno, que sean los ocho dólares –murmuró Mendel–, ¿pero cómo conseguiré el resto antes de esta noche? ¿Cuánto me da por el sombrero y el abrigo? –preguntó.

–No me interesan.

El prestamista se dirigió a la caja y escribió una nota. Guardó el reloj en un pequeño cajón, pero Mendel seguía oyendo el tictac.

Ya en la calle, deslizó los ocho dólares en la bolsita y buscó después en los bolsillos un trozo de papel escrito. Lo encontró y aguzó esforzadamente la mirada para leer la dirección a la luz de una farola.

Cuando se encaminaba, a duras penas, hacia el Metro, Mendel señaló el cielo estrellado.

–Mira cuántas estrellas hay esta noche, Isaac.

–Huevos –dijo Isaac.

–Primero vamos a ver a Mr. Fishbein; después comeremos.

Salieron del Metro en la zona alta de Manhattan y tuvieron que andar varias manzanas antes de llegar a la calle de Fishbein.

–Todo un palacio –murmuró Mendel, presintiendo esperanzado un momento de calor.

"Mendel soñó durante un minuto en cielos luminosos, en largas sábanas de luz en todas las direcciones. Bajo el cielo de California se sentaba tío Leo y tomaba té con limón. Mendel sintió calor, pero se despertó frío."

Isaac miraba con ojos fijos y a la vez inquietos la pesada puerta de la casa.

Mendel llamó al timbre. El criado, un hombre de largas patillas, abrió la puerta y dijo que Mr. y Mrs. Fishbein estaban cenando y no podían recibir a nadie.

–Que cenen en paz, pero esperaremos a que terminen.

–Vuelvan mañana por la mañana. Mañana por la mañana, Mr. Fishbein les recibirá. No habla de negocios ni de caridad a estas horas de la noche.

–Yo no pido caridad...

–Vuelvan mañana.

–Dígale que es cuestión de vida o muerte...

–Vida o muerte, ¿para quién?

–Si no es para él, será para mí.

–No se pase de listo.

–Míreme a la cara –dijo Mendel– y dígame si puedo esperar hasta mañana por la mañana.

El criado le miró; miró después a Isaac, y les dejó entrar de mala gana. El vestíbulo era enorme, con techo muy alto, muchos óleos en las paredes, pesadas cortinas de seda, una mullida alfombra floreada en el suelo y una escalera de mármol.

Mr. Fishbein, obeso y calvo, con pelos en las ventanas de la nariz, y pies pequeños y bien calzados, bajó ágilmente la escalera. Le colgaba una gran servilleta de uno de los botones del esmoquin. Se detuvo cinco peldaños antes de llegar abajo, y examinó a sus visitantes.

–¿Quién viene un viernes por la noche a interrumpir la cena de un hombre que tiene invitados?

–Disculpe que le moleste, Mr. Fishbein –dijo Mendel–. Si no hubiese venido ahora, no habría podido hacerlo mañana.

–Por favor, dígame de qué se trata, sin más preámbulos. Estoy hambriento.

–Hambre –gimió Isaac.

Fishbein se ajustó los quevedos.

–¿Qué le pasa a éste?

–Es mi hijo Isaac. Ha sido así toda la vida.

Isaac maulló.

–Le mando a California.

–Mr. Fishbein no subvenciona viajes de placer.

–Yo estoy enfermo y él debe tomar el tren esta noche para ir a reunirse con mi tío Leo.

–Todas mis limosnas están organizadas –dijo Fishbein–, pero, si tienen hambre, les invito a cenar en la cocina. Esta noche tenemos pollo relleno.

–Lo único que pido son 35 dólares para el billete del tren que le llevará a California. El resto ya lo tengo.

–¿Quién es su tío? ¿Cuántos años tiene?

–Tiene 81, y quiera Dios que viva muchos más.

Fishbein soltó una carcajada.

–Tiene 81 años y le envía a este imbécil.

Mendel agitó los brazos y gritó:

–Sin calificativos, por favor.

Fishbein asintió cortésmente.

–Donde se nos abre una puerta, allí entramos –dijo el enfermo–. Si tiene usted la bondad de darme 35 dólares, Dios se lo pagará. ¿Qué son 35 dólares para Mr. Fishbein? Nada. Para mí, para mi hijo, lo son todo.

Fishbein se estiró lo más que pudo.

–No hago donativos a particulares; sólo a instituciones. Es una política fija.

Mendel hincó sus endebles rodillas en la alfombra.

–Por favor, Mr. Fishbein; si no pueden ser 35, deme al menos 20.

–¡Levinson! –llamó Fishbein, irritado.

El criado de largas patillas apareció en lo alto de la escalera.

–Muestre a estos dos el camino de la puerta, a menos que quieran cenar antes de marcharse de esta casa.

–El pollo no puede curar mi mal –dijo Mendel.

–Por aquí, por favor –dijo Levinson, mientras bajaba la escalera.

Isaac ayudó a su padre a levantarse.

–Ingrésele en una institución –aconsejó Fishbein, por encima de la balaustrada de mármol.

Subió rápidamente la escalera y ellos se encontraron de nuevo en la calle, azotados por el viento.

El camino hasta el Metro fue muy fatigoso. El viento soplaba lúgubre. Mendel, sin aliento, miraba furtivamente las sombras. Isaac apretaba los cacahuetes en su mano helada, y no se apartaba de su padre. Entraron en un pequeño parque para descansar un minuto en un banco de piedra, al pie de un árbol de dos ramas que ya no tenía hojas. La gruesa rama de la derecha estaba erguida; la delgada de la izquierda pendía hacia abajo. Una luna muy pálida se alzaba lentamente. Lo propio hizo un desconocido al acercarse ellos al banco.

–*Gut yuntif* –dijo en yiddish con voz ronca.

Mendel, exangüe, agitó los fatigados brazos. Isaac aulló, asustado. Entonces sonó una campana; sólo eran las diez. Mendel lanzó un penetrante agudo grito de angustia al ver que el barbudo desconocido desaparecía entre los arbustos. Un guardia llegó corriendo y, aunque golpeó los arbustos con su chuzo, no encontró nada. Mendel e Isaac salieron a toda prisa del pequeño parque. Cuando Mendel miró atrás, el árbol muerto tenía la rama delgada levantada y la gruesa hacia abajo. Lanzó un gemido.

Subieron a un tranvía y se detuvieron ante la casa de un antiguo amigo; pero el hombre había muerto hacía años. En la misma manzana, entraron en una cafetería y pidieron dos huevos fritos para Isaac. Las mesas estaban llenas, salvo una donde un hombre fornido comía sopa con *kasha*. Tras lanzarle una breve mirada, salieron apresuradamente, aunque Isaac se echó a llorar.

Mendel tenía otra dirección en un trozo de papel, pero la casa estaba demasiado lejos, en Queens, así que se quedaron en un portal, temblando de frío.

¿Qué puedo hacer en una hora escasa?, pensó frenéticamente Mendel.

Se acordó de los muebles de la casa. Eran viejos, pero quizá le darían por ellos unos cuantos dólares.

–Vamos Isaac.

Volvieron a la casa de empeños para hablar con el prestamista, pero la tienda estaba a oscuras y una reja de hierro –que dejaba ver brillantes sortijas y relojes de oro– cerraba el acceso al local.

Se apretujaron tras un poste de teléfono, temblando. Isaac gimoteó.

–Mira qué luna tan grande, Isaac. Todo el cielo es blanco.

Señaló hacia arriba, pero Isaac no quiso mirar.

Mendel soñó durante un minuto en cielos luminosos, en largas sábanas de luz en todas las direcciones. Bajo el cielo de California se sentaba tío Leo y tomaba té con limón. Mendel sintió calor, pero se despertó frío.

Al otro lado de la calle había una antigua sinagoga de ladrillo.

Llamó a la pesada puerta, pero no apareció nadie. Esperó para recobrar aliento y volvió a llamar, desesperadamente. Al fin sonaron pisadas en el interior, y la puerta chirrió al abrirse sobre los macizos goznes de bronce.

Un sacristán vestido de negro y con una vela que goteaba en la mano les lanzó una mirada feroz.

–¿Quién llama a estas horas y con tanto ruido a la puerta de la sinagoga?

Mendel le contó sus problemas.

–Por favor, quisiera hablar con el rabino.

–El rabino es muy viejo. Está durmiendo. Su mujer no les dejará pasar a verle. Márchense y vuelvan mañana.

–Ya me he despedido de mañana. Me estoy muriendo.

Aunque el sacristán pareció dudar, señaló una vieja casa de madera que se alzaba al lado.

–Vive allí.

Desapareció en la sinagoga, proyectando sombras a su alrededor con la vela encendida.

Mendel, con Isaac agarrado a la manga de su abrigo, subió la escalera de madera y tocó el timbre. Al cabo de cinco minutos, una mujer corpulenta, de cara grande y cabellos grises, salió a la puerta con una bata raída y larga sobre el camisón. Dijo, con mucho énfasis, que el rabino estaba durmiendo y no podía despertarle.



"Mendel soñó durante un minuto en cielos luminosos, en largas sábanas de luz en todas las direcciones. Bajo el cielo de California se sentaba tío Leo y tomaba té con limón. Mendel sintió calor, pero se despertó frío."



Pero mientras hablaba, el propio rabino llegó, con andar torpe, a la puerta. Escuchó un momento y dijo:

–Si alguien quiere verme, déjale entrar.

Pasaron a la desordenada estancia. El rabino era un viejo flaco, de hombros encorvados y breve barba blanca. Llevaba un camisón de franela, un gorro de dormir negro y estaba descalzo.

–*Vey is mir* –farfulló su esposa–. Ponte los zapatos o mañana tendrás una pulmonía.

Era una mujer panzuda, bastante más joven que su marido. Miró fijamente a Isaac y se volvió de espaldas.

Mendel se disculpó y expuso lo que le traía allí.

–Sólo necesito 35 dólares.

–¿Sólo 35? –dijo la mujer del rabino–. ¿Por qué no 35.000? ¿Quién tiene tanto dinero? Mi marido es un pobre rabino. Los médicos se lo llevan todo.

–Querido amigo –dijo el rabino–, si los tuviese se los daría.

–Tengo sesenta –dijo Mendel, afligido–. Sólo necesito 35 más.

–Dios proveerá –dijo el rabino.

–Cuando me haya enterrado –dijo Mendel–. Los necesito esta noche. Vamos, Isaac.

–Espere –dijo el rabino.

Salió apresuradamente y volvió con un caftán forrado de piel. Se lo tendió a Mendel.

–¡Yascha! –chilló su mujer–. ¡No irás a darle tu abrigo nuevo!

–Tengo también el viejo. Dos abrigos son demasiado para un cuerpo tan viejo.

–Yascha, voy a gritar...

–Dime, ¿quién puede estar entre pobres con un abrigo nuevo?

–¡Yascha! –gritó ella–. ¿Qué va a hacer este hombre con tu abrigo? Necesita el dinero esta noche. Las casas de empeños están cerradas.

–Que les despierte.

–No.

Quiso arrancar el abrigo de manos de Mendel. Este tiró de una manga, luchando por la prenda. Conozco a las de tu clase, pensó Mendel.

–Usurera –murmuró Mendel, y los ojos de ella chispearon.

El rabino gimió y se tambaleó. La mujer gritó cuando Mendel le arrancó el abrigo de las manos.

–Corran –gritó el rabino.

–Corre, Isaac.

Salieron corriendo de la casa y bajaron la escalera.

–¡Deténte, ladrón! –gritaba la mujer del rabino.

Este se llevó ambas manos a las sienes y cayó al suelo.

–¡Socorro! -gritó la mujer–. ¡Un ataque al corazón! ¡Socorro!

Pero Mendel e Isaac corrían por las calles con el caftán nuevo del rabino forrado de piel. Ginzburg corría sin ruido detrás de ellos.

Era muy tarde cuando Mendel compró el billete en la única taquilla que aún estaba abierta.

No quedaba tiempo para comer un bocadillo; por consiguiente, Isaac engulló los cacahuetes y ambos corrieron hacia el tren en la enorme y desierta estación.

–Por la mañana –masculló Mendel mientras corrían–, pasará un hombre que vende bocadillos y café. Come, pero que te dé el cambio. Cuando el tren llegue a California, el tío Leo te estará esperando en la estación. Si no le reconoces, él te reconocerá a ti. Dile que le mando muchos recuerdos.

Pero cuando llegaron a la puerta del andén, ésta estaba cerrada y la luz, apagada.

–Demasiado tarde –dijo el empleado de uniforme que taladraba los billetes, un hombre corpulento y barbudo, con pelos en la nariz y que olía a demonios.

Señaló el reloj de la estación.

–Son más de las doce.

–Pero el tren está aún parado allí –dijo Mendel, furioso y angustiado. –Saldrá... dentro de un minuto.

–Un minuto es suficiente. Abra la puerta.

–Ya le he dicho que es demasiado tarde.

Mendel se golpeó el flaco pecho con los puños.

–Hágame este pequeño favor; se lo pido de todo corazón.

–Ya le han hecho bastantes favores. Para usted el tren se ha marchado. Tenía que haberse muerto a medianoche. Ya se lo dije ayer. Es lo más que puedo hacer.

–¡Ginzburg! –exclamó Mendel, apartándose de él.

–¿Quién otro podía ser? –La voz era metálica; los ojos, chispeantes; la expresión, divertida.

–No pido nada para mí –suplicó el viejo–. Pero, ¿qué será de mi hijo?

Ginzburg se encogió ligeramente de hombros.

–Lo que tenga que ser, será. Eso no me incumbe. Ya tengo bastante en qué pensar para tener que preocuparme por un chalado.

–Entonces, ¿qué es de su incumbencia?

–Crear condiciones. Hacer que ocurra lo que tiene que ocurrir. El antropomorfismo no me interesa.

–Entonces, ¿qué le interesa? ¿Dónde deja la piedad?

–No la tengo. La ley es la ley.

–¿Qué ley es ésa?

–La ley cósmica, la ley universal, ¡maldita sea!, la única que yo tengo que seguir.

–¿Qué clase de ley es ésa? –gritó Mendel–. Por el amor de Dios, ¿no comprende lo que he tenido que pasar en la vida por este pobre chico? Mírele. Desde hace 39 años, desde el día en que nació, estoy esperando que crezca; pero no crece. ¿Sabe lo que eso significa para un corazón de padre? ¿Por qué no deja que vaya con su tío?

Había alzado la voz y ahora estaba gritando. Isaac maullaba con fuerza.

–Será mejor que se calme, o herirá los sentimientos de alguien –dijo Ginzburg, guiñando un ojo en dirección de Isaac.

–¿Qué he tenido en toda mi vida? –gritó Mendel, temblando de pies a cabeza–. Era pobre. Estaba delicado de salud. Cuando trabajaba, trabajaba demasiado. Cuando no trabajaba, era peor. Mi esposa murió joven. Pero nunca pedí nada a nadie. Ahora pido un pequeño favor. Sea bueno, Mr. Ginzburg.

El hombre que taladraba los billetes se hurgaba los dientes con una cerilla.

–No es usted el único, amigo mío; los hay que están peor. El mundo es así.

–¡Perro! –Mendel agarró a Ginzburg por el cuello y empezó a jadear–. Bastardo, ¿no sabes lo que significa humanidad?

Luchaban cara a cara. Ginzburg, aunque desorbitados los ojos por el asombro, se echó a reír.

–Eres un don nadie. Te dejaré tieso y te haré pedazos.

Sus ojos brillaban de cólera, y Mendel sintió un frío insoportable, como si un puñal de hielo se le clavase en el cuerpo; se echó a temblar.

Ahora moriré sin poder ayudar a Isaac.

Se había formado un grupo a su alrededor. Isaac aulló, asustado.

Agarrándose a Ginzburg en su última agonía, Mendel vio, reflejados en los ojos del que taladraba los billetes, la enormidad de su propio terror. Ginzburg, mirándose a su vez fijamente en los ojos de Mendel, vio reflejada en ellos toda la intensidad de su terrible cólera. Percibió una luz centellante, estelar, cegadora, que producía oscuridad.

Ginzburg parecía pasmado.

–¿Quién, yo?

Aflojó su presa sobre el viejo que se retorcía y Mendel, cuyo corazón apenas latía ya, se derrumbó en el suelo.

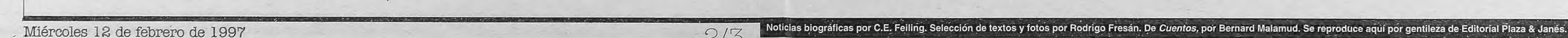
–Vaya –murmuró Ginzburg–. Llévelo al tren.

–Abran paso –ordenó un guardia. Los mirones se apartaron. Isaac ayudó a su padre a ponerse de pie y ambos bajaron a trompicones la escalera que conducía al andén; el tren esperaba con las luces encendidas, a punto de arrancar.

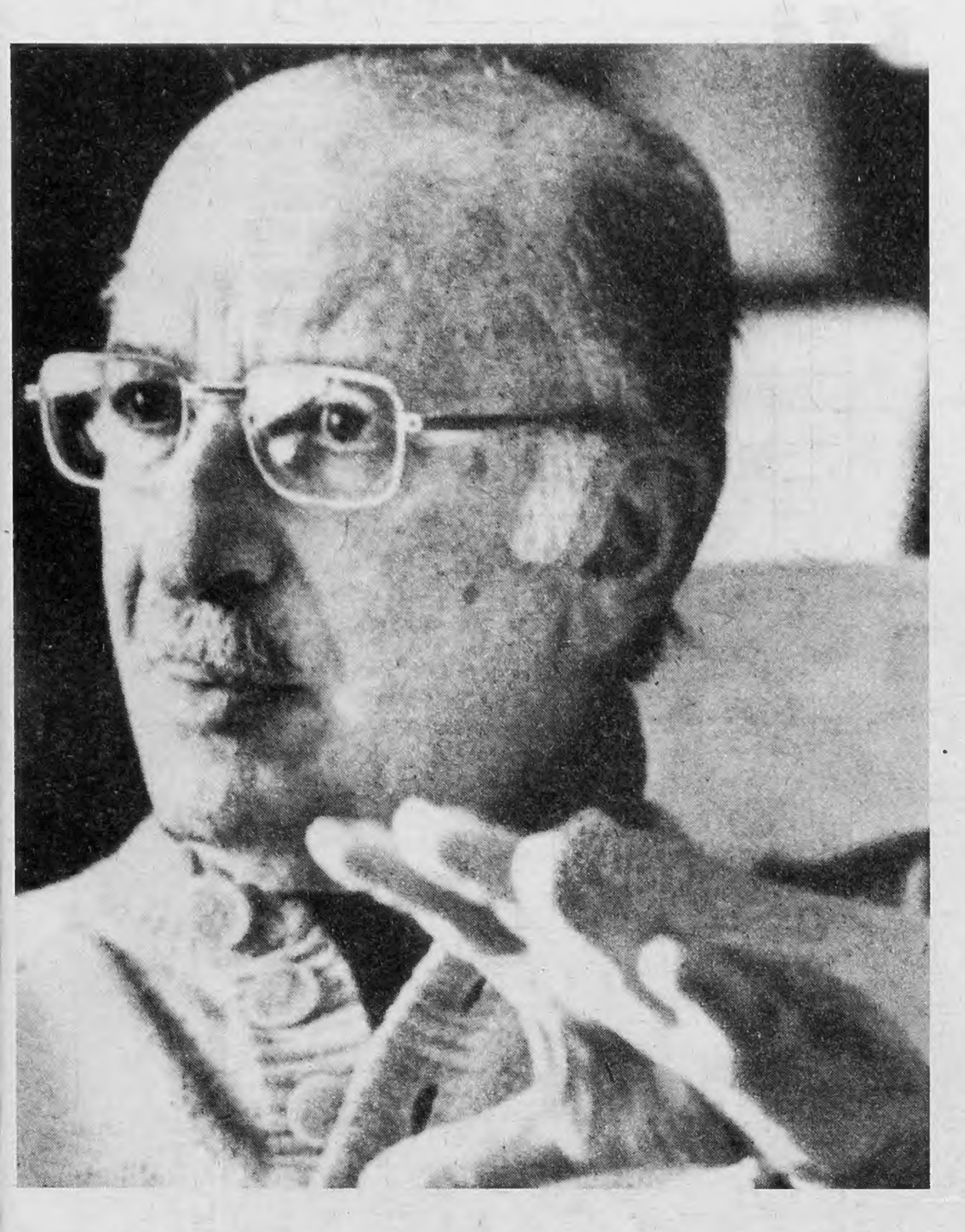
Mendel encontró un asiento para Isaac en un vagón, y le abrazó a toda prisa.

–Ayuda al tío Leo, Isaac. Y no te olvides de tu padre y de tu madre. Sea amable con él –dijo al revisor–. Muéstrele dónde están todas las cosas.

Esperó en el andén hasta que el tren empezó a moverse lentamente. Isaac se sentaba en el borde de su asiento, tenso el semblante mirando en dirección de su viaje. Cuando el tren se hubo marchado, Mendel subió la escalera para ver lo que había sido de Ginzburg. ■



Noticias biográficas por C.E. Feiling. Selección de textos y fotos por Rodrigo Fresán. De *Cuentos*, por Bernard Malamud. Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Plaza & Janés.



lentamente. Lo propio hizo un desconocido al acercarse ellos al banco.

–*Gut yuntif* –dijo en yiddish con voz ronca.

Mendel, exangüe, agitó los fatigados brazos. Isaac aulló, asustado. Entonces sonó una campana; sólo eran las diez. Mendel lanzó un penetrante agudo grito de angustia al ver que el barbudo desconocido desaparecía entre los arbustos. Un guardia llegó corriendo y, aunque golpeó los arbustos con su chuzo, no encontró nada. Mendel e Isaac salieron a toda prisa del pequeño parque. Cuando Mendel miró atrás, el árbol muerto tenía la rama delgada levantada y la gruesa hacia abajo. Lanzó un gemido.

Subieron a un tranvía y se detuvieron ante la casa de un antiguo amigo; pero el hombre había muerto hacía años. En la misma manzana, entraron en una cafetería y pidieron dos huevos fritos para Isaac. Las mesas estaban llenas, salvo una donde un hombre fornido comía sopa con *kasha*. Tras lanzarle una breve mirada, salieron apresuradamente, aunque Isaac se echó a llorar.

Mendel tenía otra dirección en un trozo de papel, pero la casa estaba demasiado lejos, en Queens, así que se quedaron en un portal, temblando de frío.

¿Qué puedo hacer en una hora escasa?, pensó frenéticamente Mendel.

Se acordó de los muebles de la casa. Eran viejos, pero quizá le darían por ellos unos cuantos dólares.

–Vamos Isaac.

Volvieron a la casa de empeños para hablar con el prestamista, pero la tienda estaba a oscuras y una reja de hierro –que dejaba ver brillantes sortijas y relojes de oro– cerraba el acceso al local.

Se apretujaron tras un poste de teléfono, temblando. Isaac gimoteó.

–Mira qué luna tan grande, Isaac. Todo el cielo es blanco.

Señaló hacia arriba, pero Isaac no quiso mirar.

Mendel soñó durante un minuto en cielos luminosos, en largas sábanas de luz en todas las direcciones. Bajo el cielo de California se sentaba tío Leo y tomaba té con limón. Mendel sintió calor, pero se despertó frío.

Al otro lado de la calle había una antigua sinagoga de ladrillo.

Llamó a la pesada puerta, pero no apareció nadie. Esperó para recobrar aliento y volvió a llamar, desesperadamente. Al fin sonaron pisadas en el interior, y la puerta chirrió al abrirse sobre los macizos goznes de bronce.

Un sacristán vestido de negro y con una vela que goteaba en la mano les lanzó una mirada feroz.

–¿Quién llama a estas horas y con tanto ruido a la puerta de la sinagoga?

Mendel le contó sus problemas.

–Por favor, quisiera hablar con el rabino.

–El rabino es muy viejo. Está durmiendo. Su mujer no les dejará pasar a verle. Márchense y vuelvan mañana.

–Ya me he despedido de mañana. Me estoy muriendo.

Aunque el sacristán pareció dudar, señaló una vieja casa de madera que se alzaba al lado.

–Vive allí.

Desapareció en la sinagoga, proyectando sombras a su alrededor con la vela encendida.

Mendel, con Isaac agarrado a la manga de su abrigo, subió la escalera de madera y tocó el timbre. Al cabo de cinco minutos, una mujer corpulenta, de cara grande y cabellos grises, salió a la puerta con una bata raída y larga sobre el camisón. Dijo, con mucho énfasis, que el rabino estaba durmiendo y no podía despertarle.

> **“Mendel soñó durante un minuto en cielos luminosos, en largas sábanas de luz en todas las direcciones. Bajo el cielo de California se sentaba tío Leo y tomaba té con limón. Mendel sintió calor, pero se despertó frío.”**

Pero mientras hablaba, el propio rabino llegó, con andar torpe, a la puerta. Escuchó un momento y dijo:

–Si alguien quiere verme, déjale entrar.

Pasaron a la desordenada estancia. El rabino era un viejo flaco, de hombros encorvados y breve barba blanca. Llevaba un camisón de franela, un gorro de dormir negro y estaba descalzo.

–*Vey is mir* –farfulló su esposa–. Ponte los zapatos o mañana tendrás una pulmonía.

Era una mujer panzuda, bastante más joven que su marido. Miró fijamente a Isaac y se volvió de espaldas.

Mendel se disculpó y expuso lo que le traía allí.

–Sólo necesito 35 dólares.

–¿Sólo 35? –dijo la mujer del rabino–. ¿Por qué no 35.000? ¿Quién tiene tanto dinero? Mi marido es un pobre rabino. Los médicos se lo llevan todo.

–Querido amigo –dijo el rabino–, si los tuviese se los daría.

–Tengo sesenta –dijo Mendel, afligido–. Sólo necesito 35 más.

–Dios proveerá –dijo el rabino.

–Cuando me haya enterrado –dijo Mendel–. Los necesito esta noche. Vamos, Isaac.

–Espere –dijo el rabino.

Salió apresuradamente y volvió con un caftán forrado de piel. Se lo tendió a Mendel.

–¡Yascha! –chilló su mujer–. ¡No irás a darle tu abrigo nuevo!

–Tengo también el viejo. Dos abrigos son demasiado para un cuerpo tan viejo.

–Yascha, voy a gritar...

–Dime, ¿quién puede estar entre pobres con un abrigo nuevo?

–¡Yascha! –gritó ella–. ¿Qué va a hacer este hombre con tu abrigo? Necesita el dinero esta noche. Las casas de empeños están cerradas.

–Que les despierte.

–No.

Quiso arrancar el abrigo de manos de Mendel. Este tiró de una manga, luchando por la prenda. Conozco a las de tu clase, pensó Mendel.

–Usurera –murmuró Mendel, y los ojos de ella chispearon.

El rabino gimió y se tambaleó. La mujer gritó cuando Mendel le arrancó el abrigo de las manos.

–Corran –gritó el rabino.

–Corre, Isaac.

Salieron corriendo de la casa y bajaron la escalera.

–¡Deténte, ladrón! –gritaba la mujer del rabino.

Este se llevó ambas manos a las sienes y cayó al suelo.

–¡Socorro! -gritó la mujer–. ¡Un ataque al corazón! ¡Socorro!

Pero Mendel e Isaac corrían por las calles con el caftán nuevo del rabino forrado de piel. Ginzburg corría sin ruido detrás de ellos.

Era muy tarde cuando Mendel compró el billete en la única taquilla que aún estaba abierta.

No quedaba tiempo para comer un bocadillo; por consiguiente, Isaac engulló los cacahuetes y ambos corrieron hacia el tren en la enorme y desierta estación.

–Por la mañana –masculló Mendel mientras corrían–, pasará un hombre que vende bocadillos y café. Come, pero que te dé el cambio. Cuando el tren llegue a California, el tío Leo te estará esperando en la estación. Si no le reconoces, él te reconocerá a ti. Dile que le mando muchos recuerdos.

Pero cuando llegaron a la puerta del andén, ésta estaba cerrada y la luz, apagada.

–Demasiado tarde –dijo el empleado de uniforme que taladraba los billetes, un hombre corpulento y barbudo, con pelos en la nariz y que olía a demonios.

Señaló el reloj de la estación.

–Son más de las doce.

–Pero el tren está aún parado allí –dijo Mendel, furioso y angustiado. –Saldrá... dentro de un minuto.

–Un minuto es suficiente. Abra la puerta.

–Ya le he dicho que es demasiado tarde.

Mendel se golpeó el flaco pecho con los puños.

–Hágame este pequeño favor; se lo pido de todo corazón.

–Ya le han hecho bastantes favores. Para usted el tren se ha marchado. Tenía que haberse muerto a medianoche. Ya se lo dije ayer. Es lo más que puedo hacer.

–¡Ginzburg! –exclamó Mendel, apartándose de él.

–¿Quién otro podía ser? –La voz era metálica; los ojos, chispeantes; la expresión, divertida.

–No pido nada para mí –suplicó el viejo–. Pero, ¿qué será de mi hijo?

Ginzburg se encogió ligeramente de hombros.

–Lo que tenga que ser, será. Eso no me incumbe. Ya tengo bastante en qué pensar para tener que preocuparme por un chalado.

–Entonces, ¿qué es de su incumbencia?

–Crear condiciones. Hacer que ocurra lo que tiene que ocurrir. El antropomorfismo no me interesa.

–Entonces, ¿qué le interesa? ¿Dónde deja la piedad?

–No la tengo. La ley es la ley.

–¿Qué ley es ésa?

–La ley cósmica, la ley universal, ¡maldita sea!, la única que yo tengo que seguir.

–¿Qué clase de ley es ésa? –gritó Mendel–. Por el amor de Dios, ¿no comprende lo que he tenido que pasar en la vida por este pobre chico? Mírele. Desde hace 39 años, desde el día en que nació, estoy esperando que crezca; pero no crece. ¿Sabe lo que eso significa para un corazón de padre? ¿Por qué no deja que vaya con su tío?

Había alzado la voz y ahora estaba gritando. Isaac maullaba con fuerza.

–Será mejor que se calme, o herirá los sentimientos de alguien –dijo Ginzburg, guiñando un ojo en dirección de Isaac.

–¿Qué he tenido en toda mi vida? –gritó Mendel, temblando de pies a cabeza–. Era pobre. Estaba delicado de salud. Cuando trabajaba, trabajaba demasiado. Cuando no trabajaba, era peor. Mi esposa murió joven. Pero nunca pedí nada a nadie. Ahora pido un pequeño favor. Sea bueno, Mr. Ginzburg.

El hombre que taladraba los billetes se hurgaba los dientes con una cerilla.

–No es usted el único, amigo mío; los hay que están peor. El mundo es así.

–¡Perro! –Mendel agarró a Ginzburg por el cuello y empezó a jadear–. Bastardo, ¿no sabes lo que significa humanidad?

Luchaban cara a cara. Ginzburg, aunque desorbitados los ojos por el asombro, se echó a reír.

–Eres un don nadie. Te dejaré tieso y te haré pedazos.

Sus ojos brillaban de cólera, y Mendel sintió un frío insoportable, como si un puñal de hielo se le clavase en el cuerpo; se echó a temblar.

Ahora moriré sin poder ayudar a Isaac.

Se había formado un grupo a su alrededor. Isaac aulló, asustado.

Agarrándose a Ginzburg en su última agonía, Mendel vio, reflejados en los ojos del que taladraba los billetes, la enormidad de su propio terror. Ginzburg, mirándose a su vez fijamente en los ojos de Mendel, vio reflejada en ellos toda la intensidad de su terrible cólera. Percibió una luz centellante, estelar, cegadora, que producía oscuridad.

Ginzburg parecía pasmado.

–¿Quién, yo?

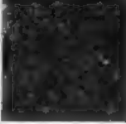
Aflojó su presa sobre el viejo que se retorcía y Mendel, cuyo corazón apenas latía ya, se derrumbó en el suelo.

–Vaya –murmuró Ginzburg–. Llévelo al tren.

–Abran paso –ordenó un guardia. Los mirones se apartaron. Isaac ayudó a su padre a ponerse de pie y ambos bajaron a trompicones la escalera que conducía al andén; el tren esperaba con las luces encendidas, a punto de arrancar.

Mendel encontró un asiento para Isaac en un vagón, y le abrazó a toda prisa.

–Ayuda al tío Leo, Isaac. Y no te olvides de tu padre y de tu madre. Sea amable con él –dijo al revisor–. Muéstrele dónde están todas las cosas.

Esperó en el andén hasta que el tren empezó a moverse lentamente. Isaac se sentaba en el borde de su asiento, tenso el semblante mirando en dirección de su viaje. Cuando el tren se hubo marchado, Mendel subió la escalera para ver lo que había sido de Ginzburg. 

...as biográficas por C.E. Feiling. Selección de textos y fotos por Rodrigo Fresán. De *Cuentos*, por Bernard Malamud. Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Plaza & Janés.

NUMERO OCULTO



Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

A

				B	R
				4	0
1	2	3	0	0	3
9	4	0	1	0	2
3	0	5	4	0	2
6	1	2	7	0	2

B

				B	R
				4	0
4	5	6	1	1	1
7	2	6	9	2	0
8	1	5	3	1	0
3	8	2	9	0	2

C

				B	R
				4	0
6	0	1	9	0	2
5	8	0	7	0	2
1	4	3	2	0	2
3	5	2	6	0	2

D

				B	R
				4	0
1	8	3	9	1	1
4	5	7	0	1	0
5	3	1	2	0	3
4	6	2	7	0	2

INDOMINO

Con las 28 fichas de un juego completo de dominó hicimos los tableros A y B. Los valores de las fichas se escribieron con números en vez de hacerlo con los clásicos puntitos, y faltan casi todas las líneas de separación entre fichas. Deduzca, para cada tablero, dónde está cada una de las 28 fichas. A medida que las vaya determinando, táchelas de la lista que acompaña a cada tablero. (El juego se resuelve por búsqueda sistemática y atajos sagaces. Si, por ejemplo, 3 y 5 son vecinos en un único sitio del tablero, allí tendrá determinada la ficha 3-5. Si hay varias colocaciones posibles para una ficha, su determinación se hará como consecuencia de otros hallazgos.)

A

3	1	0	1	2	0	3
3	4	3	2	6	6	5
5	4	0	5	1	2	6
5	3	2	3	6	2	4
2	5	1	6	5	1	6
6	0	3	0	4	6	1
0	4	2	4	0	0	1
5	1	4	2	5	4	3

0 0
0 1 | 1 1
0 2 | 1 2 | 2 2
0 3 | 1 3 | 2 3 | 3 3
0 4 | 1 4 | 2 4 | 3 4 | 4 4
0 5 | 1 5 | 2 5 | 3 5 | 4 5 | 5 5
0 6 | 1 6 | 2 6 | 3 6 | 4 6 | 5 6 | 6 6

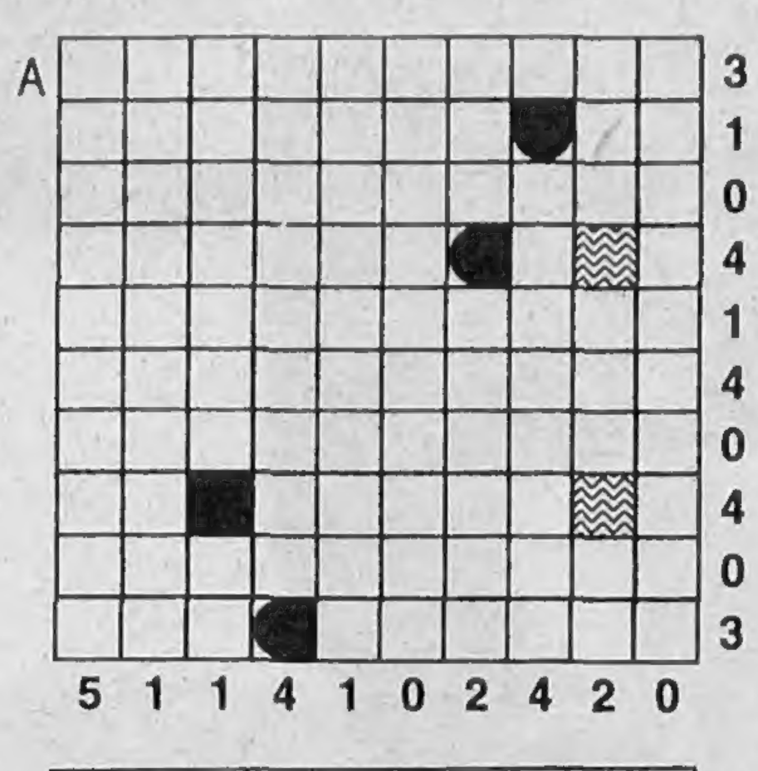
B

5	0	1	6	0	2	3
2	3	5	2	0	1	6
5	3	0	1	4	5	4
5	6	6	0	0	4	2
3	1	1	3	4	5	4
2	5	2	2	6	1	3
3	6	3	1	0	6	5
4	6	1	4	4	2	0

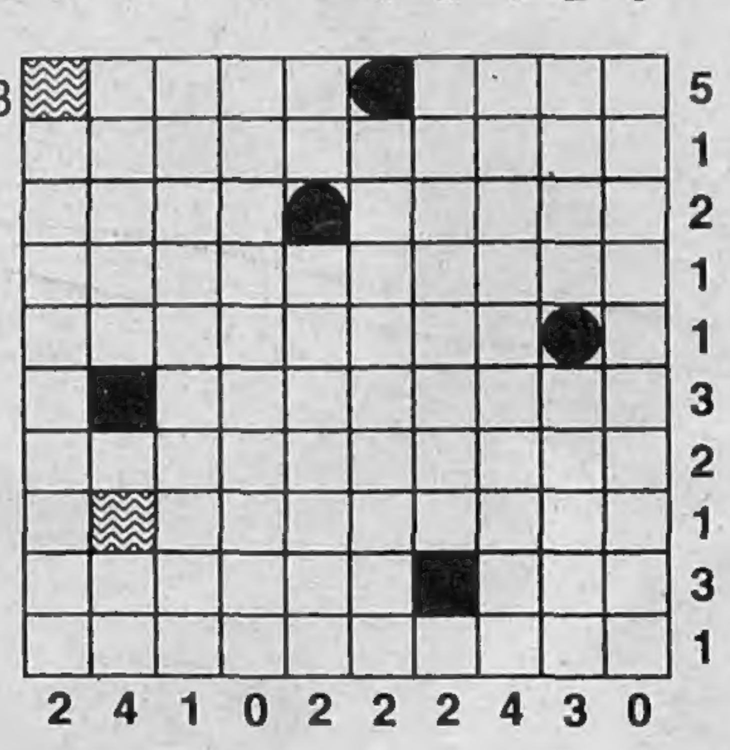
0 0
0 1 | 1 1
0 2 | 1 2 | 2 2
0 3 | 1 3 | 2 3 | 3 3
0 4 | 1 4 | 2 4 | 3 4 | 4 4
0 5 | 1 5 | 2 5 | 3 5 | 4 5 | 5 5
0 6 | 1 6 | 2 6 | 3 6 | 4 6 | 5 6 | 6 6

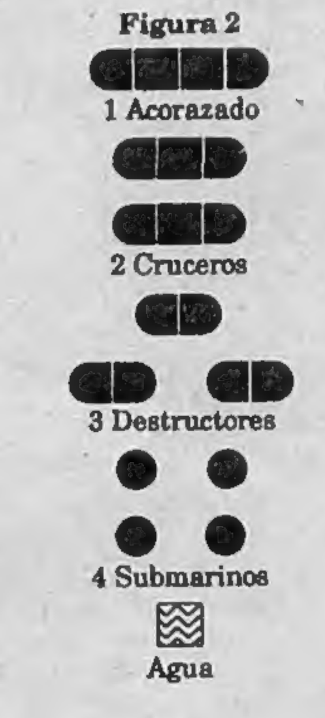
BATALLA NAVAL

En cada tablero hay escondida una flota completa, igual a las que se muestran en las figuras 1 y 2. Sólo se conocen algunos de los cuadros ocupados por la flota, y algunos de los que están invadidos por agua (tal como se indica en el interior de cada tablero. Fíjese que las formas le indican si se trata de una punta de barco, de un submarino completo, etc.). Además, al pie de cada columna y al costado derecho de cada fila, se indica con números cuántos cuadros ocupa la flota en esa columna o hilera. Deduzca, para cada tablero, la situación de la flota. Tenga en cuenta que en todos los cuadros alrededor de cada barco hay agua.

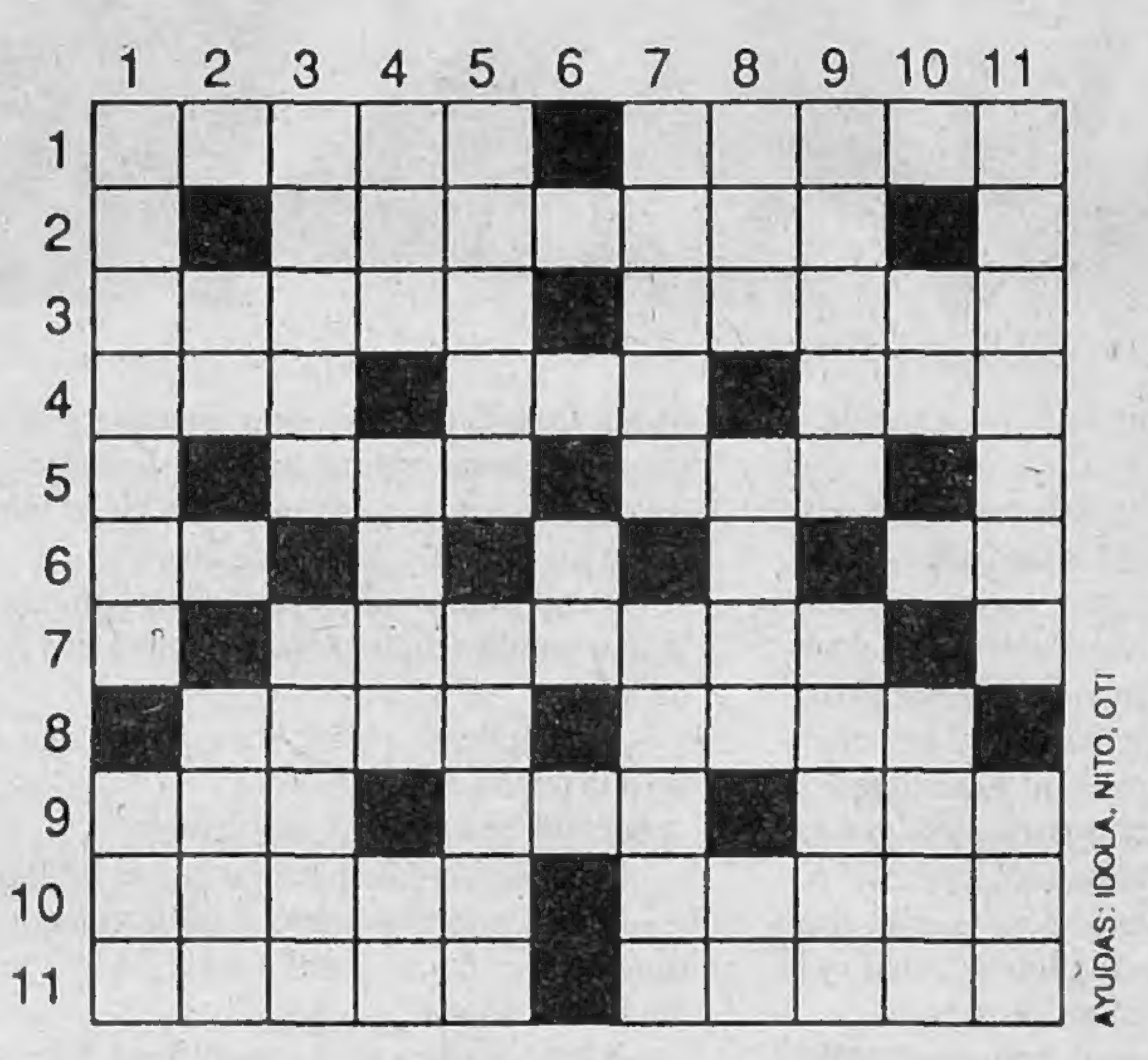








CRUCIGRAMA



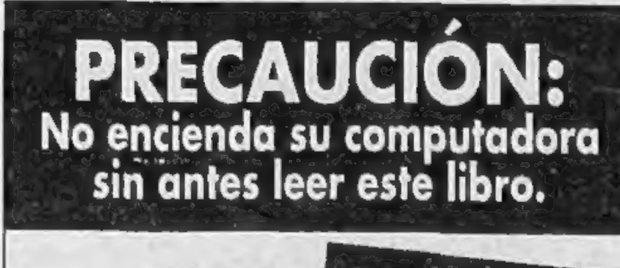
AYUDAS: IDOLA, NITO, OTI

HORIZONTALES

1. Quitar la vida./ Mamífero rumiante con cuernos.
2. Nombre de mujer.
3. Cortan la sandía./ Arbusto rosáceo.
4. (Vital) Dramaturgo y médico español muerto en 1911./ Movimiento convulsivo habitual./ Tejido grosero de lana que se usa para mantas y otras prendas de abrigo.
5. Roda, parte de la quilla./ Percibís por el oído.
6. Iniciales del actor Powel./ Interjección: ¡Tate!
7. Falta de pudor y de honestidad.
8. Emanación de ciertos cuerpos que se percibe por el olfato./ Se atreven.
9. Rece./ Río de Austria./ Horno metalúrgico.
10. Valúes./ Fatuo, altivo.
11. Argentinismo por "Idolo" (fem.)./ Fundador de la secta de los saduceos.

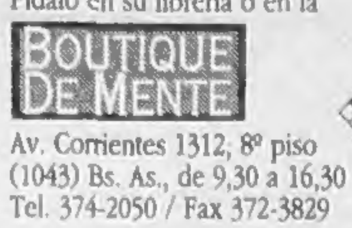
VERTICALES

1. Fúnebre, repulsivo./ Siglas de la Televisión Iberoamericana.
2. Azoe./ Rezad.
3. Se aplica a la vestidura que llega a los talones./ Indemne.
4. Río de Lombardía./ Arbol ulmáceo./ Artículo.
5. Cantidad de dinero que se paga por un alquiler o arrendamiento./ Apuro.
6. Prefijo: bien.
7. Recinto en la antigua Roma para los juegos públicos./ Traspases voluntariamente tus bienes.
8. Orificio terminal del intestino./ Distraídos./ Nota musical.
9. Fundamentas./ Cortad todo el pelo.
10. Prefijo: separación./ Helecho de Filipinas.
11. Ovacionan./ Onomatopeya del llamado a una puerta.



SECRETOS DE UN SUPERHACKER

Todos los trucos para atacar (o defender) un sistema informático.



Pídalo en su librería o en la BOUTIQUE DE MENTE

Av. Corrientes 1312, 8º piso
(1043) Bs. As., de 9,30 a 16,30
Tel. 374-2050 / Fax 372-3829



Soluciones del número anterior

NUMERO OCULTO

A. 9065.
B. 7625.
C. 6749.
D. 3871.

CUBILETE

3	1	6	1	2
6	4	4	4	4
4	2	3	5	6
5	5	5	3	3
1	3	2	6	5

CRUCIGRAMA

B	R	O	T	A	R
R	E	P	I	T	A
A	M	E	N	A	S
M	A	R	A	C	A
A	T	A	J	A	R
R	O	D	A	R	A

PIRAMIDES NUMERICAS

A.
235
126 109
72 54 55
40 32 22 33
20 20 12 10 23
8 12 8 4 6 17
2 6 6 2 2 4 13
2 0 6 0 2 0 4 9

B.
304
154 150
75 79 71
36 39 40 31
18 18 21 19 12
10 8 10 11 8 4
6 4 4 6 5 3 1
2 4 0 4 2 3 0 1

C.
282
144 138
80 64 74
47 33 31 43
29 18 15 16 27
19 10 8 7 9 18
13 6 4 4 3 6 12
8 5 1 3 1 2 4 8

D.
412
198 214
102 96 118
56 46 50 68
31 25 21 29 39
17 14 11 10 19 20
10 7 7 4 6 13 7
6 4 3 4 0 6 7 0